

CONFINADO EN MI MORADA

Por: **Alejandro Criollo Balderas.**

Dos mil veinte un año hostil.
El huésped inaudito disemina,
a marcha rauda y sutil,
congoja y afección; cepa mezquina
que a la vida conmina.

Una vil admonición
de algo que se dice ser y no vemos,
causa de la infestación
a través de los microorganismos
ruines del microcosmos.

Vientos de la soledad
se respiran por doquier, temerosas
transitan por la ciudad
escasas almas, por despensas unas,
por sus oficios otras.

Atisbando al exterior,
medito sobre todo lo alcanzado
previo a que el ente invasor
liara el estado de emergencia dado
por su arribo obligado.

Quietud en mi persona,
un simple confinado en mi morada,
sosiego que trastorna
por momentos en faz exacerbada
que mana desmandada.

¿Hasta cuándo este drama?
Mi ecuanimidad empieza a amainar.
Esta impaciencia exclama;
retados hábito y porvenir, menguar
el ser anhela empezar.

No pocos individuos

se perciben en sus lares reclusos;
incesantes y mutuos
denuevos redoblan los susodichos
con todo lo que advierten.

A la vez en que otros más,
con clara minoría, las veredas
con destino al mandamás
de todas las sustanciales faenas
caminan con reservas.

Esto, sin ser óbice
la adición de médicos y enfermeros
que en el claro ápice
de la epidemia, sumamente cautos,
combaten los contagios.

Ante este sentimiento
de esterilidad que por todo mi ser
se adentra, ¿qué presento
como asistencia o qué debiera ofrecer
para no ensombrecer?

No soy profesionista
ni un oficiante de la medicina;
estimo que la quieta
posición exigida estriba en mezquina:
retraerse a la esquina.

Empero, cavilado
ese dilema, tampoco sentido
tendría infectado
ser a razón de no encontrarme instruido
en cuanto a lo acaecido.

Que la inacción consciente
resulta tan símil como a toda acción
de salud inmanente;
obrar contra el vil busca su supresión;
quietud, su no difusión.

Porque de no ser así,
obstáculo mayor a la carencia
habría: el frenesí
o un deceso claro... mera presencia
omisa que es la ausencia.

Motivo suficiente
para que entre el previsor y el estoico
medie el retorno urgente,
desde la interioridad del público,
a lo asiduo y práctico.

Bajo dicha premisa,
toda mi certidumbre se engalana
en una gran promesa
asequible: sin temple, es vana
una venida sana.

De la salud carentes,
inexistiría la permanencia
de voces terminantes
y empeñosas en pro de prevalencia
propia o de la adyacencia.

Con tal aseveración,
aunado al llano de la curvatura
de muerte e infestación,
regreso y restauración en premura
pende de la cordura.

Esa cordura innata,
oriunda de nuestro razonamiento
y emoción, la que capta
la alegría y el semblante de absorto
por ventura y el gusto.

Este año de optimismo
es, la de dicha aflorante entre densas
nubes del pesimismo;
entre mayor la conciencia, próximas
resultan las venidas.